



JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, MADRID: ANAYA, 1993.

cuando (en I, 2) unos afirman (primera perspectiva) que la primera aventura de don Quijote fue la de Puerto Lápice; otros (segunda perspectiva), que fue la de los molinos de viento; y, sin embargo, de los anales de La Mancha (tercera perspectiva) resulta que la primera aventura fue que aquel día no le sucedió nada de particular. Este perspectivismo relativizador de todo lo humano culmina en la genial creación del neologismo *baciyelmo*,

con el que Sancho resuelve el conflicto de lo que para don Quijote es el yelmo de Mambrino y para todos los demás una bacía de barbero.

Alguna nota recoge también la graciosa curiosidad de algún cervantista eminente. Así ésta de Clemencín: «Un pito de capador solemnizó la comida de don Quijote, como un cuerno de porquero había solemnizado su llegada al castillo».

Por último, aunque debía ser lo pri-

mero, en el prólogo se analiza la novela en sus componentes temáticos y formales, con la novedad de la parte final dedicada a la influencia de Cervantes y el *Quijote* en la novela posterior, desde los novelistas ingleses de los siglos XVIII y XIX, hasta terminar con referencias a autores de hoy como Luis Mateo Díez y Luis Landero. ■

* Ángel Basanta es un reconocido cervantista y crítico literario.

El *Quijote* como experiencia humana y artística

por José Ramón Sánchez*

Cualquier dibujante piensa, al menos una vez en la vida, en ilustrar el *Quijote*. Cualquier ilustrador que haya leído con detenimiento y pasión la novela de Cervantes ha tenido que soñar en traducir a imágenes las aventuras y desventuras del Caballero andante.

Yo, al menos, he sentido esa llamada imperiosa y profunda, en los albores de la madurez.

Mi vida como ilustrador ha sido un deambular de un sitio a otro, un paseo por el amor y la muerte de los grandes clásicos y de los escritores que conviven en nuestro mundo y en nuestra atmósfera cotidiana. Me he pasado treinta años de ilustrador buscando una tierra propicia para asentarme durante un tiempo en las sugerencias mágicas y en las riquezas continuadas de un texto clásico. He ilustrado casi un centenar de libros: textos escolares, narraciones cortas, cuentos de aventuras, historias sobre el mundo del espectáculo y, de vez en cuando,



José Ramón Sánchez.

alguna joya que me permitía servir con devoción a grandes autores (London, Cela, Stevenson, Dickens, Delibes...) y a genios indiscutibles (Rilke, Juan de la Cruz, Shakespeare...).

Treinta años de mi vida para recorrer un largo camino de balbuceos, fracasos, pequeños logros, aprendizajes, descubrimientos, decepciones y,

sobre todo, trabajo, muchísimo trabajo. Porque mi camino de ilustrador comienza con el alba y termina al atardecer, me conduce a un lugar determinado y me apea en ninguna parte. Trabajo esforzado para servir al texto, para penetrar en el espíritu del autor. Esfuerzo para que las imágenes no se queden por debajo de la palabra, para que nuestro trabajo se note, para ser tan autor como el que inventó la historia, para que nuestra paternidad sea tan reconocida como la del escritor.

Pero un día, cuando la madurez irrumpe en nuestra vida con su carga de serenidad y buen juicio, te encuentras con que *tu texto* y *mi texto* ha sido y será durante mucho tiempo el *Quijote*.

Un día, un buen día evidentemente, te topas con la novela cervantina y comienza la andadura. Te sitúas en un lugar de La Mancha y sueñas, por primera vez, en que sigues al hidalgo Caballero en sus andanzas descabelladas.

Durante cuatro intensos y larguísimos años, me he convertido, a la vez, en Sancho y en un criado de Cervantes. He tenido que vestirme las calzas y el jubón de Sancho, y subirme a su rucio para seguir a don Quijote. He atravesado los campos de La Mancha, he comido en las ventas del camino y he dormido al cielo raso junto al Caballero maltrecho para reponer fuerzas y proseguir la aventura con las luces del alba.

La cercanía me ha permitido ver a don Quijote a mi manera. Loco y desmesurado cuando se topa con molinos, rebaños y pellejos de vino; tierno y extasiado cuando habla de Dulcinea y del amor; iluminado y



JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, MADRID: ANAYA, 1993.

arrebataador cuando medita en Sierra Morena o cuando habla de la pequeñez del ser humano.

En mi mesa de dibujo he tratado a don Quijote como un ser complejo y fascinante, capaz de reflejar en su rostro la gama infinita del sentimiento. He procurado ser pródigo con el rostro de mi señor, he intentado dar a su cara la más completa gama de expresiones, de la indiferencia a la cólera, del asombro a la certeza.

En otras ocasiones, he cambiado mi papel y me he sentido un fiel servidor de don Miguel, que, día a día, trata de convertir palabras en imágenes. Me considero un servidor pobre, impaciente y torpe. Lo único que puedo decir en mi favor es que he intentado ser un servidor amoroso. Porque lo único absolutamente sincero que brilla en estos cuatro años de trabajo es un amor fiel y un sentimiento gozoso que no ha borrado la obra terminada.

He pasado con amor por cada capítulo, por cada línea, por cada palabra. No hay peripecia, ni lugar, ni personaje que no haya amado con pasión. Las aventuras espectaculares de los molinos y Clavileño han tenido el mismo trato que el reposo de los cabreros o el regreso en la carreta de bueyes. Me he detenido con la misma complacencia en la grandeza del castillo de los duques, que en la rústica vulgaridad de la venta. Con los mismos pasos, quedos y reverenciales, anduve por los caminos polvorientos y por la playa de Barcelona.

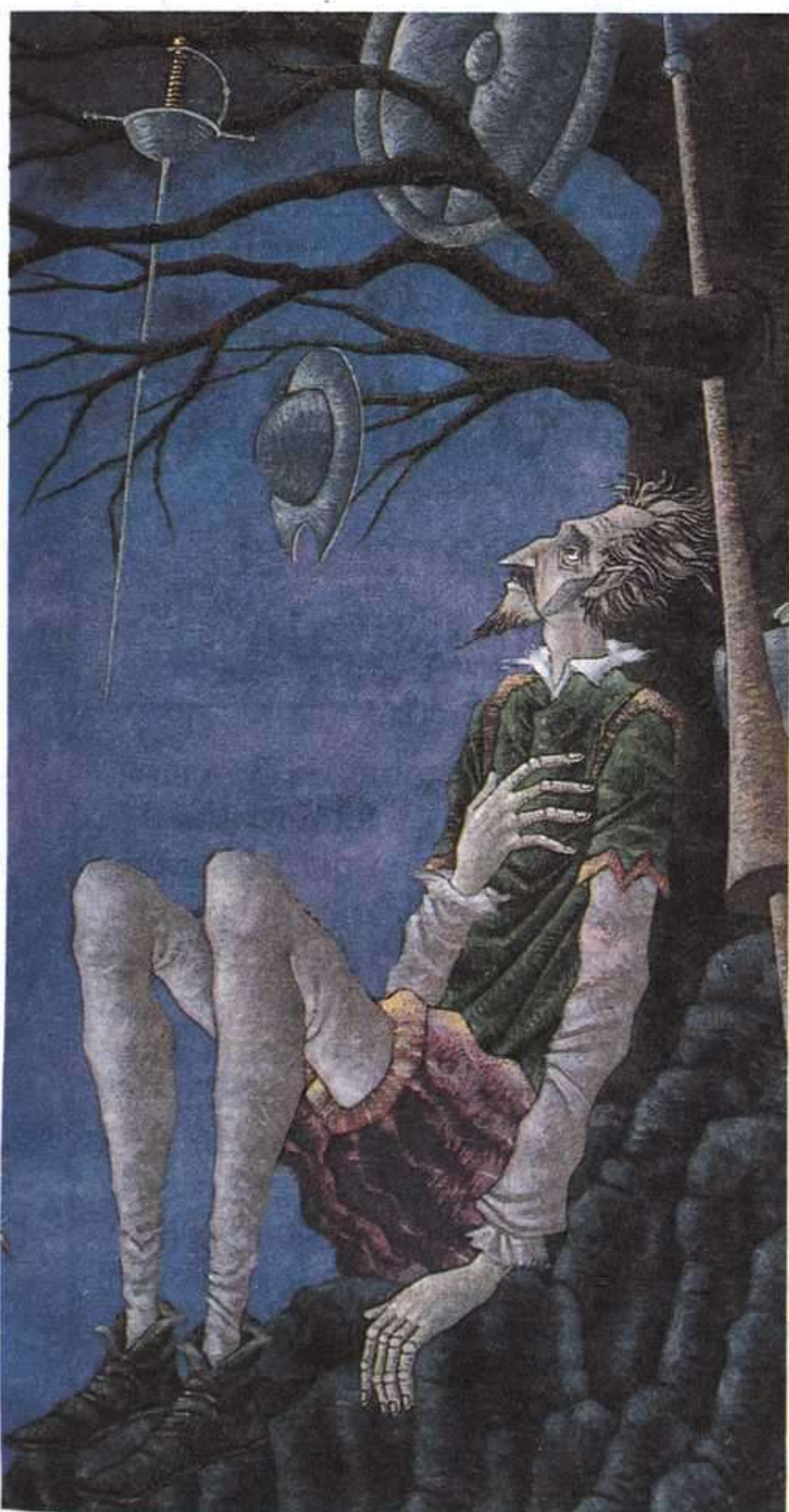
El cura y el barbero, el ama y la sobrina, conquistaron mi corazón desde el principio. Pero cuando me detuve a conversar con Cardenio, Marcela, el médico de Barataria y Angulo el Malo, mi lápiz trató de retratarlos con la ternura que nace de la soledad, la belleza corporal, el buen juicio y el arte de la simulación.

Como Sancho, he cambiado a lo largo de 126 capítulos. Comencé sin saber adónde iba, y ahora empiezo a saber que, quizá, sólo haya nacido para ilustrar un libro. Lo que empecé con prisas lo he terminado con sosiego. Lo que me prometía «derechos de autor» me ha dado un tesoro en forma de caja con dos hermosos libros que quiero llevarme bajo el brazo cuando cruce la puerta.

Como servidor de don Miguel he encontrado un trabajo sereno y estable. Creo que me he convertido en un buen vasallo, porque he servido a un gran señor. Bendigo la hora en que Cervantes, con un «vale», dio por terminada su novela inmortal. Bendigo la hora en que decidí ilustrarla, y también bendigo aquella indeterminada hora de noviembre en que pude tocar y sentir los dos libros del *Quijote*.

Pero me queda un sueño: mostrarle los libros al gran señor don Miguel, y juntos, como en *Casablanca*, comenzar una hermosa amistad para, también juntos, caminar hacia la luz. ■

* José Ramón Sánchez es ilustrador.



JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, MADRID: ANAYA, 1993.